

terrupción alguna, pues la bala á corta distancia no solo atraviesa todas las líneas de los contrarios, sino que su silbido y su estruendo causa un terror secreto en las filas enemigas, lo cual unido á los gritos de los heridos y de los moribundos, produce una sensación mas fuerte que el golpe mismo de metralla tirado de lejos. Rara vez se sostiene el enemigo contra un fuego de artillería bien dirigido á ochenta ó cien pasos; pero si lo hace, bastarán para dispersarle unos cuantos tiros de metralla.

» Con metralla debe tirarse á cien pasos; porque á mayor distancia se desparraman y se pierden los proyectiles, cayendo unos delante y otros detras del enemigo y aprovechándose muy corto número de ellos.

» Cuando la caballería enemiga ataca uno de los flancos ó amenaza romper cualquier otro punto de la línea, no se principia á tirar balas hasta la distancia de ochocientos ó novecientos pasos, apuntando con exactitud y tirando con celeridad. Ordinariamente los oficiales y los soldados de infantería, en el momento que ven avanzar á la caballería, gritan á la artillería que tiren al momento metralla y ella lo hace con gusto. Vuestros oficiales no deben dar oídos á tales voces, sino continuar tirando con bala hasta que crean poder tener tiempo suficiente para lanzar con metralla los últimos tiros á la distancia de cincuenta ó sesenta pasos.

» Es igualmente necesario amaestrar á vuestros artilleros á tirar sucesivamente por mitades (es decir, por piezas pares é impares) á fin de que la batería esté siempre suficientemente provista de cañones preparados. Los golpes aislados no ponen en desórden al enemigo ni le detienen en sus movimientos. El oficial que en tal ocasión conserva su serenidad, no solo no se expone á perder sus piezas, sino que no teme á la caballería, la cual no puede recorrer en un minuto mas de doscientos pasos sin desunirse. Suponiendo que aquella caballería principie á sufrir los tiros de bala á la distancia de ochocientos pasos, y que cada pieza dispare cuatro tiros por minuto, una batería de diez piezas tirará de cuarenta á cincuenta balas ántes de principiar con la metralla, pues la caballería no principia el galope á los ochocientos pasos, sino que primero anda al trote, luego á média rienda y por último á escape. De aquí, pues, que si la artillería dirige bien sus tiros, la caballería no tratará de acercarse á cincuenta pasos para exponerse á la mortífera metralla.

» Casi todos los artilleros cometen dos errores: 1º Les gusta dirigir con preferencia sus tiros contra las piezas del enemigo para desmontarlas y obligarlas á suspender el fuego. 2º Eligen las alturas mas elevadas del campo de batalla para tener mayor alcance. Debéis poner todo el cuidado posible en dirigir los tiros contra las líneas de infantería á fin de romperlas, disminuir las y poner obstáculos á sus movimientos, que en tal caso se ejecutarán sin órden ni concierto. Una vez conseguido este objeto, po-

drá batirse prontamente á la infantería, enmudecerán las baterías y será fácil apoderarse de ellas.

» En cuanto á colocar la artillería en las alturas, todos convienen en que es ménos importante tirar lejos que producir efecto. Aunque una bala lanzada á gran distancia diese en la línea del enemigo, el efecto que produjese no podia ser mortífero ni de importancia á causa de la trayectoria; las otras líneas situadas detras nada tienen que temer, pues si cae delante de la primera línea en un terreno blando queda enterrada, si es sobre un terreno duro, pasa por encima de los soldados, y si por fin toca en el objeto, solo destruye el punto donde cae. Pero si á pesar de estas observaciones se creyese conveniente, en vista de la naturaleza del terreno, situar la artillería en las alturas, ha de cuidarse de que estas no deben tener mas de veinte pasos de elevación sobre la línea horizontal y del nivel de las alturas que rodean la posición que se ocupa.

» Conviene tirar lo ménos posible sobre las cabezas de los soldados propios; es preferible avanzar con la infantería, pues á pesar de lo lejano del peligro, los hay que pierden el valor al oír silbar las balas, y á cada tiro se estremecen y retardan los movimientos.

» La regla que principalmente debe observarse es, que se eviten los tiros curvos y se prefieran los que se dirigen sin apuntar, excepto cuando el terreno tenga fosos estrechos, pequeñas prominencias ú otros semejantes obstáculos naturales, y esto debe hacerse porque el tiro horizontal rara vez deja de producir efecto y atraviesa á corta distancia todas las líneas enemigas.

Federico estableció en Berlin una reunion militar, donde entraban los oficiales mas instruidos; era una verdadera academia militar en la cual habia libros, mapas y todo lo que contribuye á aumentar los conocimientos militares; allí se discutía de la parte superior del arte, de reformas y de mejoras, y se daban premios á los autores de las mejores Memorias.

Comprendió tambien la necesidad de tener un cuerpo y una escuela de estado mayor. « El ejército habia hecho muchas campañas; pero el cuartel general carecia con frecuencia de buenos cuartel maestros. El rey quiso formar aquel cuerpo y eligió doce oficiales que tenian algunos conocimientos, para educarlos él mismo. Por tanto les hizo levantar terrenos, trazar campamentos, fortificar ciudades, atrincherar alturas, construir empalizadas, señalar las marchas, y principalmente explorar las lagunas y los arroyos para no engañarse ni dar por apoyo á un ejército un rio vadeable ó un pantano en que pueda marchar la infantería sin mojarse los tobillos. » Esta fué la primera escuela de aquella clase.

La costumbre, comun, hace dos siglos, de acampar y combatir en dos líneas con una reserva, la infantería en el centro y la caballería

en alas, fué adoptada por Federico; pero en vez de colocarlos en quince ó en losange, lo cual hubiera dejado intersticios en las dos líneas, no dejaba mas que siete ú ocho pasos entre los batallones y los escuadrones de la primera; como la segunda era siempre mas débil que la primera, no tenia el mismo frente; pero esta no era, sin embargo, tan inferior que obligase á dejar huecos mayores que los llenos. Cubrian los extremos de las dos líneas de infantería los batallones de granaderos, creyendo dar á esta una protección independiente de la caballería; precaucion que nunca se habia empleado y á la cual debió las victorias de Molwitz y Czaslau.

Federico ponía gran cuidado en sacar de los terrenos el mayor partido posible. Cuando se preparaba para dar una acción, se le veía caminar á la cabeza de la vanguardia, reconocer y estudiar el terreno, escoger las posiciones y enviar órdenes á las columnas que le seguían de cerca. Si descubria al enemigo, redoblaba la vigilancia, y despues de reconocerlo todo con suma atención, multiplicaba las filas, aceleraba el paso de las tropas y las preparaba para colocarse en batalla. Si veía alguna parte del enemigo á que pudiera atacar con ventaja, resolvía al punto dar la batalla; todas las armas, todas las columnas, todas las tropas se situaban en el punto que les habia señalado. La vanguardia ocultaba las evoluciones, esperando ser llamada á reforzar algun punto del campo. La rapidez de los movimientos y la pericia del jefe en ocultarlos con las curvas del terreno, dejaban al enemigo en la incertidumbre, y el ataque se daba por todas partes ántes que el enemigo hubiera podido contrarestarle. Ya no se estaba en el tiempo en que se gastaban veinticuatro horas en disponer el órden de batalla. Federico lo disponia todo en un instante. (ROUENCOURT.) Si el enemigo estaba tan bien colocado que no podia atacarle sin riesgo, se colocaba en batalla delante de él, trataba de engañarle y se aprovechaba de todos los recursos que le ofrecían el terreno y la táctica para hacerle concebir una idea equivocada acerca de su plan, fingiendo movimientos ofensivos sobre un ala, para dirigir despues todos sus esfuerzos contra otro punto. Si el enemigo caía en el lazo, era cogido en seguida; si lo evitaba, el resultado era que Federico, que tenia un ejército infinitamente mas instruido, no habia corrido ningun peligro, y retirándose, promovía otra ocasion mas favorable, ya amenazando las comunicaciones del enemigo, ya dirigiéndose á algun punto que á este importase proteger. Federico podia hacer todo esto porque su ejército tenia una superioridad táctica tal cual hoy no se encuentra en los de Europa.

Para conservar unidas aquellas masas tan heterogéneas, además de la *disciplina atroz*, como la llama Lloyd, se valia Federico de las consideraciones que concedía á los oficiales, de ciertas ventajas que tenian al dejar el servicio,

y de la emulacion conservada por la rigurosa imparcialidad en la distribución de recompensas, hallándose abolidas todas las distinciones de nobleza; las insignias militares abrían todas las puertas y facilitaban cualquier negocio; un capitán tenia de cinco á seis mil francos de asignacion y grandes consideraciones, de modo que, como puesto accesible á todos, todos aspiraban á él. Federico alimentaba las esperanzas procurando conocer á todos los oficiales y pasando revistas parciales y minuciosas. Además la guerra era deseada por el ejército, en primer lugar porque conocía que era superior á los enemigos, y despues por conseguir los honores y ascensos esperados.

Para impedir la desercion era preciso recurrir á medios vejatorios; ningun soldado podia salir de las puertas sin licencia por escrito; habia un oficial destinado exclusivamente á perseguir á los fugitivos, teniendo siempre ensillado el caballo; apénas se advertía que faltaba un hombre, se daba aviso por medio de un cañonazo y en seguida tenían que salir á buscarle de las aldeas.

No habia oficiales con derecho de sucesion, ni de mero título, ni de doble empleo; el rey mismo firmaba todos los nombramientos despues de haberlo pensado y pedido informes. Conservaba cuanto podia á los soldados y á los oficiales; aquellos lo eran toda la vida; para los empleos eran preferidos los soldados licenciados, y los oficiales que dejaban las armas siendo aun capaces de llevarlas, eran mal mirados. El ejército amaba á su *Fritz*, como vemos que aman al *Caporaleto*, y las Memorias están llenas de anécdotas con este motivo, algunas de las cuales demuestran la gran franqueza y cultura de los soldados. Á uno de ellos preguntó Federico: *¿En qué taberna te han hecho esas cicatrices de la cara? — En Kolin, donde V. M. pagó el escote.* Á un granadero que por vanidad llevaba una cadena sin reloj, le preguntó: *Enséname qué hora es, tú que tienes reloj.* Y aquel sacó una bala que colgaba de la cadena, diciendo: *Esta me dice que debo estar dispuesto á todas horas á morir por V. M.*

Se debieron á Federico II las siguientes instituciones:

La division de los ejércitos, hecha de manera que se acelerase su marcha con ménos trabajo y se pudiese cambiar prontamente el órden de batalla dando el frente al enemigo;

El uso de las marchas de flanco;

Los órdenes oblicuos de que se valió con preferencia;

Como consecuencia natural, las evoluciones se hicieron mas rápidas y fáciles;

La ligereza dada á la caballería sin perjudicar á su conjunto, cualidad propia solamente hasta entónces de la caballería española;

La movilidad de la artillería y la introduccion de la de á caballo tan justamente ensalzada y felizmente imitada. Esta institucion se hacia

cada vez mas necesaria, cuanto mas fácilmente se podían cambiar las posiciones. En esta arma que es tan costosa, deben economizarse las piezas, multiplicándolas por medio de la celeridad de los movimientos, y hacer que caigan en poder del enemigo el menor número posible, aunque se acerquen mucho. Pero la misma movilidad de la artillería de á caballo produce en la tropa de á pié el temor de ser abandonada, por lo cual conviene tener tambien artillería ordinaria.

Entre las particularidades del ejercicio, fué una gran mejora la baqueta de hierro, y especialmente la cilíndrica, que evitó la necesidad de volverla, si bien hizo mas pesado el fusil.

No adoptó otras muchas mejoras que le propusieron por economía, que llegó á ser extrema en sus últimos años; pero las examinó todas y acogió las mas importantes, y con la continua vigilancia que el poder hizo eficaz, causó grande impresion en los amigos y enemigos. No se dejó deslumbrar por las empresas atrevidas aunque tuviesen buen éxito. « El grande arte de la guerra (decía) consiste en prever todas las contingencias, y el gran talento del general en tener prevenido de antemano lo necesario para no verse con dificultades en el instante de tomar un partido. »

A pesar de todo no conviene á Federico el título de creador de un nuevo sistema. Hizo buenas y frecuentes aplicaciones del orden oblicuo; ejecutó las evoluciones con prontitud, ojo certero, audacia y buen juicio, y con esto venció á adversarios inhábiles que se dejaban sorprender. Introdujo muchas mejoras en los métodos de táctica; pero ántes que él, segun dicen, solo los modernos Turena y Luxemburgo habian usado tambien el orden oblicuo y llegaron al mismo fin con instrumentos mucho ménos perfectos; además el orden oblicuo es tan antiguo como la guerra, y si sus propiedades se revelaron en las campañas de Federico, fué porque él les dió nueva forma, miéntras que al principio se adoptaba por inspiraciones instantáneas mas bien que por efecto de cálculo, y porque al principio estaban preocupados los ánimos con las particularidades mas que de la parte elevada de la táctica.

Rara vez se ve que un ejército destrozado vuelva á ponerse en orden y consiga la victoria como lo hizo Federico en Hochkirchen y Torgau; lo cual fué una gran prueba de disciplina y de destreza en los movimientos, que mas tarde se reprodujeron en Marengo. Las batallas de Federico tienen mas arte, fueron mejor dirigidas y obtuvieron resultados mas rápidos; y decisivos que los anteriores, porque la táctica habia adelantado y se conocia mejor de qué era capaz cada una de las armas; no por esto pueden llamarse nuevas sus concepciones estratégicas, pues ellas pertenecen á todos los tiempos y á todas las armas. Por el contrario, Jomini no duda en decir que, si bien perfeccionó la táctica, no conocia absolutamente la

estrategia, ni sacó todo el partido que hubiera podido contra jefes irresolutos, pusilánimes y discordes entre sí. Es cierto que se mostró tan buen administrador como gran capitán; pero, lo mismo que sus contemporáneos, dió grande importancia á los almacenes, á las provisiones y á los hornos, de modo que de los bagajes deducian la posibilidad ó imposibilidad de una empresa.

No siempre conoció el valor del tiempo, por mas que fuese el primero en aprovecharse de la posibilidad de buen éxito, pues habia adoptado una defensiva que era un continuo ataque; pero se multiplicaba con admirable rapidez por medio de los movimientos, especialmente en casos apurados. La muestra mas señalada fué la que dió al concluir la campaña de 1757.

La derrota de Kolin le habia reducido á muy mal estado; los Franceses, que se habian apoderado del territorio prusiano en Westfalia, iban persiguiendo al duque de Cumberland y amenazaban invadir el electorado de Brandeburgo; por todas partes se veían Alemanes, Rusos y Suecos, de modo que parecia inevitable su ruina. Pero él no se desconcertó, vió el mal y el remedio: procuró suplir con las maniobras la inferioridad en número de sus tropas y venciendo á Rosbach, enseñó que el número no decide de las batallas. Pero el príncipe de Lorena destruye su ejército de Silesia y á los aliados y persigue al mismo Federico; este anima á los oficiales y á los soldados y alcanzó la victoria en la batalla de Leuffen, considerada por los tácticos como la mas insigne de todas, y todo esto en dos meses, en los cuales el ejército prusiano atravesó dos veces la extension comprendida entre la Silesia y las orillas del Saal.

Hay que convenir sin embargo en que ayudó mucho la política al buen éxito de sus empresas, y en que sus enemigos no quisieron su ruina, pues de otro modo no habria podido evitarla en la insigne lucha de los Siete Años. Pero el gran mérito de Federico está en que despues de tantas guerras y de tan grandes generales como hemos visto en nuestros días, puede decirse que están aun intactas las evoluciones que él simplificó y arregló, así como las armas en cuanto á su forma y su esencia, y especialmente la caballería continúa con el orden que le dió el ilustre Seidlitz.

§ 62. IMITADORES É IMPUGNADORES DE FEDERICO II. — GUIBERT. — ORDEN FRANCES.

La admiracion hácia Federico II se extendió aun entre sus mismos enemigos, y hasta parecia que los Franceses no podían adelantar sino alabándole é imitándole. Pero la imitacion recata en particularidades perjudiciales ó superfluas, por lo cual Lukner dijo con mucho ingenio al verles afectar la inmovilidad, las rígidas costumbres y la exterioridad prusiana:



TURENA

Paris, chez les Citoyens, Éditeurs.